AÑO XXVIII — Nº 1356

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 11 DE 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

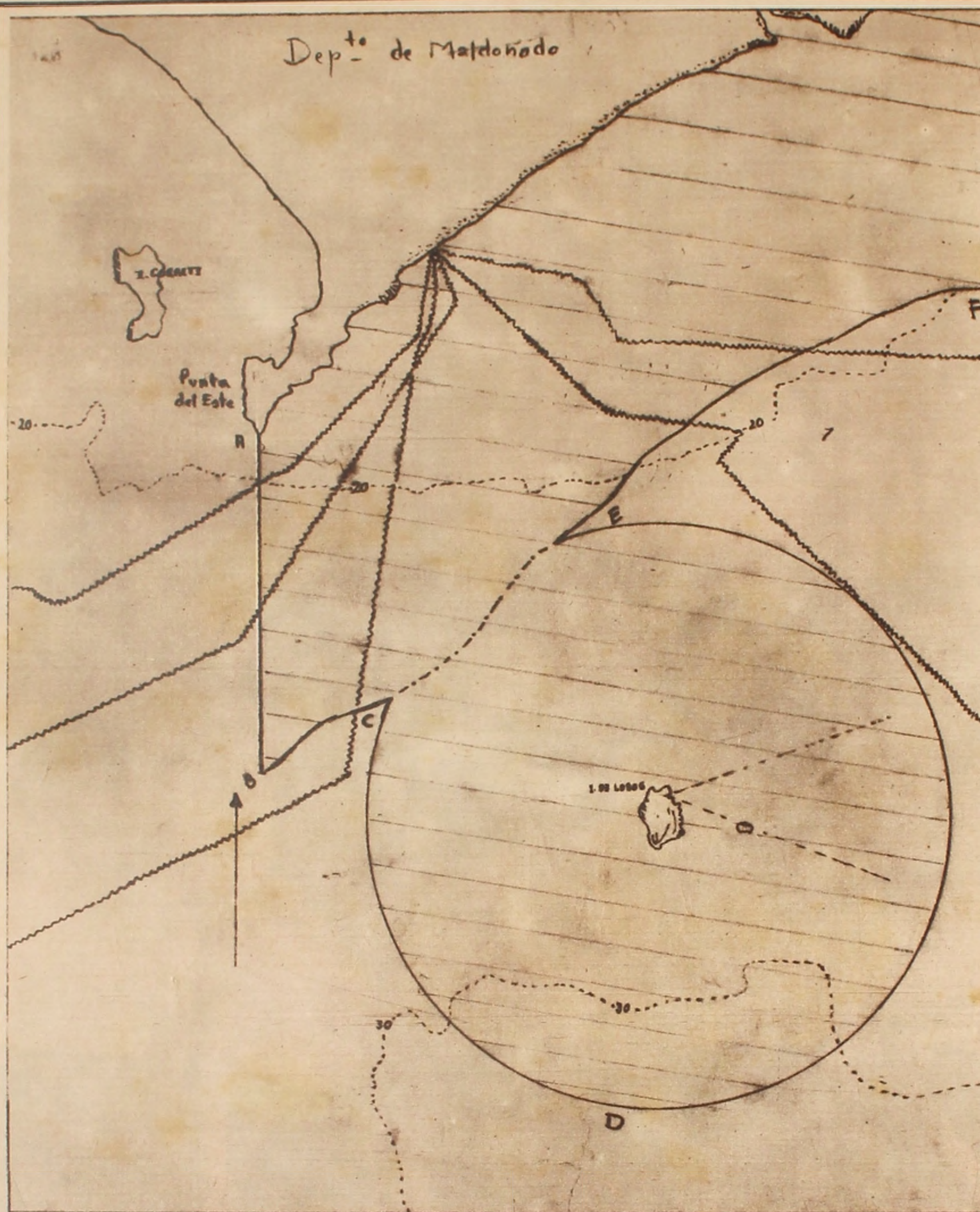


I.A.V.A. HOGAR DE ESTUDIANTES.

(Fotografía: Juan Caruso)

Componentes del Coro Polifónico del "Instituto Alfredo Vázquez Acevedo" en la gradería de acceso que da a la calle Lavalleja, motivo de recuerdo y evocación para cuantos han pasado por nuestra Universidad desde 1911.

NUESTRO MAR TERRITORIAL



Esquema muy elemental del mar territorial uruguayo frente a la costa atlántica de Maldonado. La línea A, B, C, D, E, F, marca su límite exterior. Las líneas en zigzag representan los cables de trasmisión transatlántica, para cuyo tendido y vigilancia se han establecido limitaciones a la soberanía ejercida sobre el mar territorial.

¿SABE la mayoría del pueblo uruguayo que el territorio nacional no termina allí donde el mar lame la costa, o un poco más allá: en aquel punto impreciso que el nadador avezado y atrevido había alcanzado cuando el estridente silbato del guardián playero lo obligó a retroceder? ¿Sabe que, en efecto, hay un *territorio marítimo* —prolongación del terrestre— en el cual la República puede ejercer su soberanía en forma tan absoluta como lo practica dentro de las fronteras que nos enseñaron en las aulas elementales sin ampliación efectiva en los cursos de la enseñanza media?

Siendo esto así, ¿hasta dónde llega nuestro territorio marítimo?

Creemos necesario dilucidar este punto, como elemento imprescindible en la cultura del ciudadano medio uruguayo. No basta que sea del conocimiento de algunos profesionales o especialistas. Los hechos de interés público deben estar en el conocimiento de toda la ciudadanía. Y en estos temas de ambientación marítima estamos tan a la zaga de otros Estados —como consecuencia de la naturaleza de nuestra economía, fundamentalmente— que existe el deber de la divulgación por quienes, en virtud de algún hecho, estamos vinculados al mar y a sus problemas.

✤

—Tenemos que hacer un poco de historia para situar el tema.

El uso del mar fue libre en la más remota antigüedad. Los fenicios, los griegos, los escandinavos, impulsados por un admirable espíritu de aventura, equilibrando con osadía ilimitada la insuficiencia de los medios, se echaron a navegar las aguas de los mares vecinos a Europa sin más limitaciones que las derivadas del propio esfuerzo físico y la extensión de los conocimientos intelectuales. ¡El remo era pequeño, inmensa la soledad marítima; mayor, aún, la incógnita de los cielos tachonados por miriadas de astros en los que debía escogerse los hitos orientadores del regreso!

Rodaron los siglos desentrañando las dimensiones del planeta y las formas de la ecúmene. Los descubrimientos de Vasco da Gama y de Cristóbal Cólon, sobre todo, determinaron nuevas modalidades en el uso del mar. Ensancharon el conocimiento del espacio utilizable, pero restringieron la libertad de navegarlo. Hasta mediado el siglo XVII y no obstante las irrefutables razones expuestas por Francisco de Vitoria en su cátedra salmantina, era delito navegar en el Atlántico español o el Indico portugués. Ambas naciones peninsulares despachaban sus flotas con orden de apresar las naves de aquellas otras que también sentían el deseo de participar en la integración del mundo existente, que tenían los medios para ello y a quienes acuciaba la necesidad de expandir su comercio, su industria y su cultura. Ruedan más años, evolucionan los conceptos y traen el principio de la libertad de navegación.

Los mares están abiertos, todo a lo largo y a lo ancho, para el uso de todos los pabellones. Pero esa evolución trae, también, el de los intereses de las naciones marítimas que entran en pugna. Para imponerlos, se desatan guerras y hay invasión de territorios. Para impedirlas u obstaculizarlas, se busca la protección de las fronteras naturales: el río, la montaña, la ciénaga, el desierto. Pero del lado del mar, ¿qué valla oponer? ¿Qué obstáculo interponer entre la orilla del Estado y la flota del invasor, o la nave del contrabandista y aún de la del amigo que llega con la muerte a bordo propagándose en las fiebres ardientes de naturaleza y terapéutica desconocidas?

De inmediato, ante estas eventualidades, surge el arbitrio de situar buques a cierta distancia de las costas, dentro de la cual el Estado costero pudiera ejercer ciertas medidas defensivas de sus intereses y derechos. Así aparece la noción de las *aguas territoriales*, cinturón de seguridad, cuyas dimensiones responden a la voluntad y medios particulares del Estado que lo establece.

Es una situación caótica que levanta resistencias. Sobre todo en los más fuertes. Y cuando los intereses entran en pugna, el hombre busca el acuerdo: base del derecho.

Si la existencia de una franja de aguas marginales era imprescindible para la defensa, la medida de su ancho podía ser aquella que estuviese dentro del alcance de las armas instaladas en la orilla. La zona que fuese capaz de ser batida por la artillería costera, respondía al concepto de su institución.

La fórmula la exponen con poca diferencia de tiempo dos ciudadanos de ese país marítimo por excelencia que es Holanda: Hugo Grotius en el siglo XVII; Bynkershoek en la centuria siguiente. Es la regla del "tiro del cañón". Tan variable como el progreso de la artillería. Pero es algo. Y da la base a un religioso y jurista italiano, el abate Galiani, para precisarla: dado que el alcance medio de la artillería de marina era de 3 millas náuticas, propuso que se reconocieran como aguas territoriales de un Estado, una zona de mar de tal ancho, cuyo borde exterior se desarrollaría en línea paralela a la costa.

La idea pareció aceptable a las naciones marítimas y su aceptación creó una norma de derecho que ha persistido hasta nuestros días.

No hubo, desde luego, un compromiso formal y universal de los Gobiernos, sino una aceptación tácita y casi general cuya observancia a través de los tiempos le dio una tradición respetable.

Aún así, esta "*regla de las tres millas*" tenía su fundamento en el poder de represión de la fuerza. Y como la balística, la mecánica y la química progresaban lentamente, el *mar territorial* delimitado de tal manera seguía siendo aceptable. Pero el progreso de las ciencias y de la técnica operó modificaciones sustanciales. El cañón evolucionó hasta poder batir zonas de 5, 10, 15 millas de ancho; y en la actualidad, los proyectiles intercontinentales van dejando atrás cualquier límite imaginable. El fundamento de la "regla de las tres millas", pues, ha sido soterrado por la imaginación y la técnica. (El inteligente delegado filipino a la Conferencia de Derechos del Mar celebrada recientemente, Dr. Jorge Bocobo, pronunció y publicó luego una ingeniosa oración fúnebre: "On the death of. Mr. Three miles").

Contemporáneamente con esta variación en el arte militar, aparecen hechos de variada naturaleza que también afectan al mantenimiento invariable de las tres millas. Por ejemplo, el surgimiento de nuevos Estados soberanos. Ginebra congregó el mayor número que se haya reunido jamás en un acto internacional: 87 Estados. El de Ghana cumplió el primer año de existencia mientras asistía a las deliberaciones. Y muchos de estos Estados tienen también sus costas o intereses en el mar. Y derechos. ¿Deberían ellos acatar las normas tácitas en uso antes de su ingreso a la comunidad de las naciones, o se justifica su demanda de intervenir en el nuevo ordenamiento jurídico de esa comunidad?

La explotación de los recursos del mar, por otra parte, ha creado situaciones nuevas que deben ser consideradas. La pesca se transforma en una verdadera e importante industria que necesita de millones de kilogramos para operar económicamente. Como estas cifras no pueden obtenerse siempre dentro de las aguas territoriales del propio país industrial, se hace imprescindible ir a pescar en aguas extranjeras, con perjuicio del Estado a que ellas pertenecen. En algunos casos, esta pesca intensiva no sólo disminuye la reserva de peces de este costero, sino que afecta otros elementos de

su economía. Tal el caso del Perú, por ej., frente a cuyas costas se desarrolla la anchoveta que sirve de alimentación a las aves guaneras. Con este detritus, Perú fecunda sus tierras de labranza de donde se deduce que toda reducción sustancial de la reserva de anchovetas por causa de la pesca intensiva, compromete la producción cerealera de tierra firme y, por ende, las posibilidades alimenticias del pueblo.

Hoy que los regímenes proteccionistas limitan estrechamente las posibilidades del intercambio comercial, el contrabando internacional ha cobrado un auge extraordinario. En consecuencia, los Estados con costa necesitan de una mayor extensión de aguas jurisdiccionales dentro de la cual puedan efectuar las medidas de policía y represión. Con la velocidad que el perfeccionamiento técnico ha impreso a las naves, un buque en infracción puede ponerse a salvo fuera de las estrechas aguas territoriales en tan breve plazo, que anulará eficazmente las medidas represivas del damnificado.

Estos hechos y muchos más, determinados por los profundos cambios que en la vida de la humanidad han introducido los progresos técnicos y científicos, establecen claramente la necesidad de rever aquella secular norma de las 3 millas. Tal fue el origen de la Conferencia sobre Derechos del Mar celebrada en Ginebra bajo los auspicios de las Naciones Unidas, del 24 de febrero al 30 de abril del año que termina, en la cual estuvo presente el Uruguay con sus aspiraciones —coincidentes con las de la mayoría— de una ampliación del *mar territorial.*

El tema se discutió intensa y extensamente. Era de vital importancia por afectar sustanciales intereses políticos, económicos y estratégicos. Una milla de ensanchamiento del mar territorial a lo largo de todas las costas del mundo, supone una reducción del área de alta mar de 280.000 millas cuadradas, equivalente a la superficie territorial de los Estados Unidos de N. América. Y puesto que la gran masa de producción pesquera se obtiene dentro de un límite de 3 a 5 millas de las costas, aquella reducción del área de mar libre implicaría una reducción considerable de los recursos industrializables de que han dispuesto los grandes países marítimos.

En las zonas de pasos o estrechos, situados entre tierras emergentes, una ampliación del mar territorial puede llegar a anular las zonas de mar libre, de navegación incondicionada o irrestricta. Tal subordinación del buque a determinada soberanía, puede generar consecuencias políticas y militares dignas de estudio. Y también de orden estratégico. En mares estrechos, como el Rojo y el Mediterráneo, con islas diseminadas a lo largo y a lo ancho de sus aguas, una escuadra puede verse dificultada en su desplazamiento al ocupar el área extensa que le impone la amenaza de una bomba atómica arrojada en el centro de una reducida superficie de concentración.

Todos estos hechos, enunciados en sus grandes líneas, demuestran las dificultades afrontadas por los países que, manteniendo normalmente intereses opuestos, debían encontrar una situación de coincidencia.

Tras casi dos meses de debate general, un 19 de abril soleado y tibio que reunió a la delegación uruguaya en un acto de recordación de la patria lejana, se produjo la primera votación acerca de las distintas fórmulas propuestas. Ninguna obtuvo la mayoría requerida: ni las que preconizaban el mantenimiento del "status" vigente, ni las que propugnaban en forma diversa por una ampliación del mar territorial.

La conferencia se clausuró, sin embargo, con una firme esperanza y lógica expectativa de encontrar, en un futuro cercano, el punto de coincidencia determinado por la comprensión de todos los intereses individuales. Tal hecho obliga, aún más, a estudiar los problemas del mar territorial que afectan directamente al Uruguay.

De acuerdo a la situación vigente, ¿cuál es el mar territorial uruguayo?

A menos que haya un pronunciamiento expreso de su Gobierno, debería estar constituído así:

1º) Por una zona de tres millas de ancho, por lo menos, a contarse desde Punta del Este a la desembocadura del Chuy.

Con referencia a este punto, conviene aclarar distintas cuestiones: a) El Plata está excluído de discusión. No es mar, golfo o bahía. La jurisdicción sobre sus aguas, pues, debe regirse por situaciones especiales. b) Por consideración a distintos factores, de orden geográfico, consideramos a Punta del Este como el accidente que sobre su ribera septentrional marca el límite exterior del Plata. c) Como nuestra costa atlántica es muy regular, la línea exterior del mar territorial debería fijarse de acuerdo a lo prescripto por el Art. 3 de la Convención aprobada en Ginebra: "La línea de base normal para medir la anchura del mar territorial es... la línea de bajamar a lo largo de la costa, tal como aparece marcada en las cartas a gran escala reconocidas por el Estado ribereño".

2º) Por una zona de igual anchura que la anterior, delimitada alrededor de cada una de las islas emergentes en el tramo Punta del Este - Chuy. Para éstas, valen las prescripciones del Art. 10 de la Convención aprobada que las define como "una extensión natural de tierra, rodeada de agua, que se encuentra sobre el nivel de ésta en pleamar" El mar territorial de cada isla se medirá de acuerdo a los principios establecidos para la costa firme del territorio.

Puede suceder que ambas líneas de delimitación se interfieran, caso que se muestra en la Fig. 1. Evidentemente, en este caso podrían producirse situaciones forzadas, como se puede apreciar en las zonas de los puntos C y E. En casos como estos, habrá que buscar soluciones de un mejor acordamiento, de mayor contenido práctico.

3º) Habrá que definir la línea de separación de nuestro territorio marítimo y el mar territorial brasileño la que, partiendo de la boca del arroyo Chuy, se internará en el océano hasta un cierto límite.

Esta línea no puede trazarse de cualquier manera; estará definida por el lugar geométrico de todos los puntos equidistantes de aquellos puntos de la costa uruguaya y brasileña a partir de los cuales cada uno de los Estados mida su propio mar territorial.

Esta solución, impuesta por el Art. 12 de la Convención, obligará a uniformar nuestro mar territorial con el del Brasil —siempre que no se logre un acuerdo universal— o a no fijarlo de ancho inferior al de aquel país, a fin de que la línea prevista no vaya en detrimento de ninguna de las dos jurisdicciones.

✤

Cuanto hemos dicho no es sino una divulgación de orden muy general acerca de los problemas que nos plantea un hecho irrenunciable de nuestra Geografía: la condición de país marítimo.

Los ingentes beneficios que se derivan de esta situación, exige correlativos deberes. Entre estos, por razones elementales, una atenta consideración por parte de los poderes del Estado a fin de establecer los términos de esa realidad y sus consecuencias.

La defensa de los derechos de soberanía sobre el mar territorial exigen más conocimientos, mesura y meditación que aquellas medidas destinadas a un régimen a cumplirse dentro de fronteras; pues aunque territorio uruguayo, el mar territorial está afectado por hechos de carácter universal y un yerro como una incuria pueden traer consecuencias insospechadas.

Desconocemos que recursos de orden económico puede encerrar nuestro mar territorial, por lo que será acto de buen gobierno estudiarlo atenta y permanentemente, creando o ajustando los organismos necesarios a fin de tan alta trascendencia.

HOMERO MARTINEZ MONTERO

(Especial para EL DIA)



En una de las sesiones de la conferencia de Derechos del Mar, tres miembros de la delegación uruguaya: Embajador José A. Quadros, Dr. Alvaro Alvarez y el autor de la nota, conversando con el Presidente de la delegación de los EE. UU., Mr. Dean.



Palacio de las Naciones Unidas en Ginebra, donde se realizó la Conferencia sobre Derechos del Mar.



Ha sonado la campana del mediodía y la muchachada se lanza desbordante a la calle, deseosa de sol y aire libre, huyendo de los temas docentes del día.

EL espectáculo de la juventud es siempre maravilloso. No se lo valora cuando se es en ella actor; menester es que el paso de los años nos dé la necesaria perspectiva de su grandeza. Recién lo vivimos en toda su plenitud en nuestros hijos, cuando como observadores atentos enfrentamos a ese mundo portentoso, que no tiene idea de su magnificencia.

Los jóvenes no comprenden por esto por qué a veces los mayores nos quedamos absortos contemplando sus cosas, sus charlas, sus juegos; por qué nos deleitamos ante un grupo juvenil, por qué reímos a veces cuando ellos hablan con seriedad de sus problemas. Ellos desconocen la belleza plástica de su mundo, la desbordante fuerza espiritual de su alegría, la gracia de los rostros frescos, lo maravilloso que resulta su camaradería de muchachos y muchachos emparejados en bulliciosas bandas de trato igualitario.

Quizá estos atributos resalten más aún por qué es la nuestra una juventud feliz, acostumbrada a manifestarse en libertad. Desconoce la opresión, el miedo que ella genera; tienen amplio vuelo las mentes y los actos, los pensamientos y las voliciones.

Por eso es tan hermoso el cuadro de nuestra juventud estudiantil.

Turbulenta y hasta excesiva en sus reacciones, vive en plenitud el bien de la libertad y no hay vallas para las generosas inquietudes, para los superávit físicos, anímicos, para la potencia temperamental siempre en busca de una válvula de escape.

Acodados a una baranda de la planta alta del Instituto Vázquez Acevedo, dejamos correr nuestras reflexiones por tal camino, mientras, observando el trajín de cientos de muchachos, vamos recogiendo material para esta nota.

I.A.V.A. es un mundo de ensueño real. Cinco mil estudiantes de Preparatorios convergen allí a diario, de la mañana a la noche, poblando a la ya cincuentenaria casona docente de Lavalleja y Eduardo Acevedo con las mil formas de la dinámica juvenil. Gente de 16 a 20 años preferentemente. Un pleno florecer de vida irrumpe a la mañana, como oleadas en el gran patio, se encauza después hacia las aulas, retorna bullicioso en las recreaciones y se desborda liberado e incontenible en las salidas, estallando en las calles aledañas a la Universidad como una pirotecnia en color.

Los muchachos tienen ya allí una vigorosa personalidad. Han dejado de ser los adolescentes liceales, las mentes se afirman y maduran, crece el vuelo de la inteligencia y alcanzan plenitud los físicos airosos, forjados a menudo en el deporte: los niños se transforman en jóvenes hombres y mujeres dueños del mundo, sin perder la gracia y la travesura de los cachorros.

Esto es I.A.V.A., hogar de cinco mil estudiantes.

Lo de hogar no es metáfora. Lo hacen realidad la natural camaradería juvenil, el diario compartir de afectos, problemas y preocupaciones, la común alegría en el trabajo y en la recreación. Y lo afirman, con sentido constructivo, los dirigentes, los profesores y los padres.

Los estudiantes tienen sus asociaciones, los dirigentes sus planes de acción, sus organismos ya consolidados o en gestación. Y entre unos y otros, un gran nexo existe: la Asociación de Profesores, Padres y Alumnos, núcleo aglutinante de ese sentido de hogar que es una de las preocupaciones esenciales en la dirección de I.A.V.A.



con ella a cuestas — los identifica y distingue dentro del multitudinario conglomerado de IAVA.

I.A.V.A.

de 5.000

Al poco tiempo de hacerse cargo de la dirección del "Instituto Alfredo Vázquez Acevedo" el profesor Hugo Fernández Artucio comenzó a trabajar en la organización de esa asociación, corporizada hace ya dos años. Hay un salto grande entre la vida liceal y la de Preparatorios: el estudiante cobra de pronto una autonomía personal capaz de descentrarlo, si no sabe encauzarla y utilizarla. Preciso es continuar, con tacto y discreción, la vinculación entre padres y profesores, a través del estudiante mismo: tal el cometido fundamental de A.P.P.A., la entidad cuyo firme trabajo, impulsado por Fernández Artucio y un grupo de prestigiosos profesores y ciudadanos, ha dado ya amplio fruto, tanto en el plano espiritual



Ensaya la Polifónica a cuatro voces, bajo la dirección del profesor García Servetto. Cuando debuten en público harán sensación estas sesenta voces juveniles.



Un alegre grupo, entre clase y clase, recorre la tercera planta de salones en construcción, mientras Méndez, popular figura de la Bedelía, parece preguntar: "¿Quién hizo ésto?" En el grupo está doña Magdalena, vendedora de bizcochos desde hace 20 años en Preparatorios.



Los temibles exámenes se han acercado, y las no menos temibles listas con las fechas de pruebas y componentes de los Tribunales concentran la preocupada atención de los estudiantes. Aquí hay un conjunto de expresivos rostros.



Los futuros arquitectos son fáciles de conocer: la famosa tabla de dibujo —siempre

Hogar Docente

Estudiantes

como en el mejoramiento de las condiciones materiales de ese gran hogar estudiantil que tiene por asiento el ya histórico edificio inaugurado en 1911 en Lavalleja y Eduardo Acevedo.

El año lectivo de 1958 fue complicado y turbulento, abreviado por huelgas y conflictos; y esas dificultades, tanto como sobre el rendimiento de los estudiantes, pesaron sobre el trabajo de A.P.P.A., cuyo programa experimentó considerable retraso, obligando a postergarlo en gran parte, especialmente en el aspecto cultural y deportivo. Recién en 1959 alcanzará ese programa pleno desarrollo, cuando comience el ciclo lectivo con la inauguración de los 20 nuevos salones en la tercera planta de I.A.V.A. y se habilite nuevamente la antigua Sala de Conferencias —donde enseñó Vaz Ferreira— ahora restaurada y remozada.

La vinculación actuante de profesores, padres y alumnos, se nutre en I.A.V.A. por caminos diversos, estimulados con acierto por la dirección de esta casa docente.

Recientemente el Grupo de Viaje, que dirige el profesor Arq. Fournier, realizó una muy celebrada muestra de sus trabajos, tras una memorable excursión a la Gran Exposición Bienal de San Pablo, que apasionó a los muchachos echándolos a luchar por nuevos viajes culturales de este tipo, que seguramente se repetirán.

Pero además I.A.V.A. posee otro excelente instrumento de acercamiento constructivo, llamado sin duda a sentar una nueva tradición en nuestros establecimientos docentes: su Coro Polifónico en formación.

El Coro de I.A.V.A. fue creado hace dos años, al iniciarse allí los cursos de Canto Coral bajo la dirección del maestro Manuel García Servetto. Entusiasta de la cultura artística, este profesor ha trabajado con paciencia y cariño y ha logrado reunir en un bello coro juvenil no menos de sesenta voces cuyo programa polifónico, hasta ahora poco conocido, está llamado sin duda a causar sensación dentro y fuera del ambiente estudiantil. Música coral clásica, romántica y folklórica forman la base de este programa, cuya presentación integra el plan cultural de I.A.V.A. para 1959.

La gran familia estudiantil de Preparatorios tiene que trabajar duramente. Las materias, los programas, los profesores son exigentes y los exámenes bravos. Si hay horas de jolgorio —como es lógico y corresponde— entre los cinco mil muchachos de I.A.V.A., hay también muchas de preocupaciones, trabajo difícil y desvelos. Los fines de cursos abren ante el estudiante una gran incógnita que recién se despeja cuando el tribunal examinador pronuncia su veredicto, trazando el camino del porvenir.

No es fácil la vida para el estudiante de Preparatorios; y las lágrimas y risas que pueblan los ya viejos corredores de I.A.V.A. en los días de exámenes certifican que el triunfo es duro de alcanzar y que sólo se logra a base de sacrificio, esfuerzo y voluntad.

Pero por algo estos muchachos, entre los 16 y los 20 años, están en la más maravillosa etapa de la vida. Y así, entre juegos, estudio, rebeldías, trajines y sofocones de fin de año, los 5.000 alumnos de I.A.V.A. forman uno de los núcleos más auténticamente representativos de la juventud estudiantil uruguaya, forjada bajo el signo de la igualdad democrática y de la libertad que hace felices a hombres y pueblos.

Guadalupe VIDAL

(Especial para EL DIA)



Otra vez las listas de exámenes, el lugar más concurrido de fin de cursos. En contraste con la preocupación, aquí está también la belleza, en espera sin duda de que los muchachos vengan a pasar revista por el lugar.



Clase de Filosofía, materia amada, temida o aborrecida, según la vocación de cada uno pero puente obligado —a veces de difícil tránsito— para muchos miles.



Mientras las muchachas prefieren los bancos, los caballeros gustan más del desfile por los corredores, entre abundoso consumo de cigarrillos.



Siempre hay bullicio, risas y jolgorio en la hora feliz del asueto, por la puerta de IAVA que da a Eduardo Acevedo, con sus escalones gastados por el paso de muchas generaciones de estudiantes.

LA NEGRA MALDICION DE SILVESTRE CARDONA



CAPATACEABA la estancia Dos Lagunas Silvestre Cardona. A pesar de ser el más reconcentrado y taciturno de los hombres era muy considerado y respetado por todos. Andaría entre los cincuenta o sesenta años. Tenía veinte y cuatro cuando cierta noche llegaron con él. Nunca más se movió de allí. Sucedió que don Longino Paiva, dueño de Dos Lagunas, venía del pueblo a su estancia. Al cruzar el breque por el Paso de la Negra, en la costa vio un hombre caído, al parecer muerto. A su lado pastaba un caballo ensillado, transido. Con el cochero subió al hombre al vehículo pues observó que respiraba, y lo llevaron a las casas. Allí, a fuerza de ser cuidado por la parda Virginia, doctora del pago, revivió y se repuso. Tres días después comenzó a trabajar como peón casero; luego salió al campo. Paiva conoció que el hombre sabía profundamente todo lo relacionado con una hacienda, respecto a marcha y trabajo: domador, trenzador, alambrador... Dos veces intentó don Longino llevarlo a la categoría de capataz. Cardona no aceptó.

—Déjeme como estoy, don Longino —dijo. No me gusta mandar; el mando no me dejaría cavilar como quiero.

Pero a la tercera tuvo que aflojar. El estanciero le había hablado con palabras precisas y convincentes. Así es que desde sus treinta años pasó a dirigir la hacienda Dos Lagunas.

Algunos días, después del trabajo, Silvestre ganaba su cuarto, en el que sólo la negra Dioga entraba, para la limpieza; descolgaba una guitarra que había conseguido, y empezaba a tocarla. Primero en acordes perdidos que se iban, poco a poco, encajando en una tonalidad, hasta llegar a un estilo, un triste, una milonga... Y en cualquier aire que fuera, pasado un tiempo, metía su voz grave y limpia —pero siempre velada—. Todo esto lo sabían muy bien los peones y las sirvientas que sigilosamente se arrimaban a la puerta y de allí escuchaban recogidamente la música tenue, casi misteriosa, que sonaba adentro. Así es que el hombre, con su taciturnidad, su concentración, su sabiduría, su música, y su pasado que nadie sabía, se fue rodeando de cierto enigmático prestigio.

Los veranos llegaban a la estancia la mujer e hijas —dos, de espléndida belleza— de Paiva. En el correr del tiempo allí se fue notando que en los dos meses que pasaban estas personas Cardona se apartaba en lo posible de las casas. Salía de madrugada al campo, volvía a medio día —a veces no volvía—, salía de nuevo y aparecía de noche. Llamaba a los peones, impartía órdenes, y otra vez, en la madrugada, desaparecía de las casas. A la negra Dioga le dijo un día:

—El patrón quiere que yo coma en la mesa, con ellos. Pero mirá Dioga: te viá decir que sos a la única mujer que no le disparo. Más que miedo, frío en el hígado me da todo lo que lleve pollera. No te quedés asina como sapo frente a una crucera.

—Usté siempre jué, y es, don Silvestre, medio lunático, desculpe.

—¿Lunático?...

Ese año una de las niñas llegó casada. En la estancia le nació su primer hijo. Don Longino Paiva, en homenaje a ese nieto, hizo fiesta grande. Decretó tres días de ocio a su personal; el tercero le ofreció una comida. Patrón, servidumbre, y peones se sentaron juntos a la misma mesa. Allí estaban la señora y la dos hijas del estanciero y tres o cuatro comadres que habían venido de otras estancias. Y allí estaba Silvestre, encogido, encuevado, sufriendo, pues no se pudo negar ante el vehemente pedido de su patrón para que lo acompañara en ocasión tan jubilosa. Se comió por lo alto y se bebió más alto aún. Vino y licores encendieron los espíritus. Ya se había roto la barrera entre amos y servidores, todos reían, todos gritaban. En una de esas la negra Dioga, que iba y venía, comiendo y bebiendo mientras servía, gritó:

—Patrón: tiempos pasados don Silvestre me dijo que en viendo mujer se le enfriaba el hígado. ¡y qué se yo! ¿Por qué no le pide que aclare eso, que pa mí es tan fruncido?

Entonces se alzó la voz de una de las mozas, dulce y fresca. Se dirigió a Cardona:

—Tiene que explicar eso, Silvestre, sobre todo a nosotras las mujeres ya que, si no nos dice su porqué, nos sentiremos ofendidas.

Silvestre levantó la cabeza, que la tenía caída, y sus ojos fueron hasta los de la que había hablado. Corrió el silencio por la mesa y en él se puntearon las palabras del hombre, que fueron estas:

—Ta bien, niña, le diré el porqué...

La voz del capataz se tendió leve, pero claro su timbre. Dijo:

—Allá por el centro, tal vez a sesenta o setenta leguas de este pago, había una estancia. El dueño de esta estancia buscó mujer, se casó. Al caserón le llegó patrona y con ella dos hermanas. En total, tres mujerés nuevas allí. La doña tuvo un hijo y una hija que se jueron criando. Una vez apareció su hombre muerto en la cama. El mal que lo mató no se aclaró nunca. La estanciera comenzó a sentar su mano por sobre todo. Era ruin con los peones, fiera con las sirvientas, sin yel con los hijos. Regenteaba como quería a las dos hermanas, solteronas ellas, y entre las tres comenzaron a hacer el mesmo infierno. La hija, ya moza, en las asomadas al camino que hacía, se consiguió un mirar por parte de uno que lo pasaba seguido. Tanto penaba allí que con tal de prenderse a algo, aunque juera un abrojo. La encerraron, no la dejaron salir más, y dispués de mucha lágrima y de mucho desespero, un amanecer el hermano la encontró colgada de un tirante. Mire niña: viá cortar esta relación porque pa encima de una fiesta sería como comer una naranja con sal. No conocí, creo que naides habrá conocido mujer tan mala, tan ruin, tan mal querida como aquella. Al mesmo hijo, que ya por ser hombre y salidor se había conseguido un querer, se la hizo trair un día a su casa, con el fin de conocerla, pa aparecer al otro día de su llegada tuita retorcida en la cama, con los ojos abiertos como de enloquecida, y la boca soltando un veneno que le habían dao no sé cómo. Y el hijo montó a caballo, y medio ido comenzó a andar, andar, andar... sin sentir que el sol iba y venía, que el camino corría, que las noches pasaban... Yo conocí todo eso, niña, que me valió pa ver en cada mujer aquella mujer. Me dentró como un embrujo, sentí como una maldición...

Calló Silvestre Cardona, su barbilla de nuevo se pegó en su pecho. Una extraña emoción pasó por todos. La moza habló:

—Es muy triste esa historia, Silvestre, pero muy sin razón lo suyo. Piense que si aquella mujer fue mala, temida, y odiada, hay otras que son buenas y queridas. Piense en su madre.

Y Cardona, humillado como había quedado, dijo sórdamente:

—¡Es que aquella mujer era mi madre, niña!

José ***MONEGAL***

(Especial para EL DIA)

(Ilustración del autor)

UN PAIS DE CUENTO DE HADAS ANDORRA

EGLOGA TRASNOCHADA. — Me placería que estas líneas resultaran como una especie de mensaje para esos numerosos turistas uruguayos que cada año visitan Europa. Nada hay que oponer — más bien todo lo contrario — a la curiosidad y al gusto por visitar las grandes ciudades. Yo he observado que a menudo no pocos viajeros después de recorrer afanosamente Londres, París y otras grandes y bellas ciudades de la vieja Europa, traen una impresión en cierto modo decepcionada. Y ello procede de un hecho que se puede analizar desde múltiples enfoques y por muy opuestas causas.

Cuando se trata de turistas de Norte América, ellos suelen decir que se sienten incomprendidos. Porque hay que reconocer que el turismo en el viejo continente se ha industrializado tanto, que los paisajes naturales faltan casi en absoluto, sustituídos por otros rigurosamente preparados para "extraerles" el dinero, en razón directa de la belleza que se les llevó a contemplar. Este, por supuesto no es el caso de París, puesto que no se trata, para empezar, de un escenario natural, sino de la más armoniosa realización artificial que los europeos han conseguido realizar. Mas, cuando se trata de sudamericanos — y específicamente uruguayos con la peculiar dotación de sensibilidad indispensable — los casos pueden ser muy distintos.

Es lo cierto, sin embargo, que se puede admirar un conjunto hermoso y no sentirse ganado, identificado con él. ¿Por qué? Sin duda porque el gusto es lo más personal que tiene el hombre. Personas hay que prefieren las fértiles campiñas de Francia, al dramático paisaje español. Mas, hay no pocas gentes — y entre ellas literatos de altura — que aseguran que este paisaje tiene mayor grandeza. Sin duda por su mudo y ascético patetismo.

En cuanto a las ciudades, unos prefieren las perspectivas luminosas de París; otros admiran aún más, los bellos edificios de la Roma clásica, aun cuando surjan al azar por entre calles estrechas donde la gente meridional se apretuja como en el Metro.

Yo quisiera vivir en París y no en una buhardilla del Barrio Latino o en un Hotel en las proximidades de Montmartre. Esos encantos románticos no colman el corazón fatigado por la ascensión de seis pisos sin ascensor. No; quisiera vivir en los Campos Elíseos o en la Avenida de Montaigne. Pero para ello, sería un requisito indispensable ganar un premio "gordo" de cualquier lotería o acertar las quinielas íntegras de las apuestas futbolísticas de Inglaterra, de Italia o de España. Y no llevo ese camino.

Me gustaría vivir en París; pero no en el París truculento, sino en el falso y aparatoso. En cambio comprendo muchas veces la decepción que pueda producirse, precisamente por el exceso de ilusiones. Un viaje organizado por una agencia turística, de ocho o quince días, no permite conocer ni mucho menos fundirse, con el ambiente de París. Además, yo pienso que, aunque parezca lo contrario, una ciudad es algo mucho más complicado de comprender y de amar, que un paisaje rural. Por de pronto es preciso un elemento humano sin el cual, resulta inútil pretender pasar del conocimiento más superficiel. Hay que contar con amigos, porque no se ama a las ciudades, sino a las personas que están en la ciudad...

*

Por esta serie de razones, muchas de ellas negativas y todas subjetivas, yo voy a recomendar a los presuntos viajeros la visita a uno de los más pequeños países del mundo, en el que no hay museos ni grandes ciudades. Es un país de cuento de hadas, que podía haber desaparecido en la atmósfera inclemente de nuestro siglo despiadado. Es evidente que hay personas que creen que las cosas están bastante bien y que aún estarán mejor a la vuelta de unos siglos con el progreso de la Humanidad. Otras por el contrario, no están a gusto con el mundo actual, y les parece que hubiéramos vivido mejor en cualquier tiempo pasado: son los románticos.

A los románticos uruguayos yo les aseguro que hay todavía en Europa un paraje que no les defraudará. (Claro está que hay una dificultad: los románticos viajan poco y hacen poco caso de los consejos. Pero yo les aseguro que no me guía ningún interés mercenario al encarecerles este país de balada infantil). Sobre todo, con acercarse hasta aquel rincón y recorrer el idílico valle, basta.



Vista general de Andorra La Vieja.



Valle de Andorra, desfiladero entre montañas pirenaicas.

ANDORRA. — ¿Cómo podríamos definir Andorra? Sí; Andorra casi no es un país. Es lo contrario de un Estado. Un Estado suele tener, tiene siempre, dos signos que son los más característicos: una moneda y una autoridad. Pues bien, Andorra es una venturosa realidad en la que no hay ni autoridad ni moneda. Al que se porta mal, se le expulsa y asunto concluído, que ¡bastante desgracia tiene! Mas, por lo que se refiere a la moneda, usted no tiene que preocuparse de aprender un nuevo sistema de divisas. Allí, el comercio — que es muy próspero — acepta cualquier moneda y los precios se establecen en todos los casos con absoluta y neutral imparcialidad.

Ahora no sé si debo decir lo que voy a expresar. A mí me parece un gran elogio del país; pero quizá a ellos les parezca mal que estos secretos se divulguen. En este bellísimo país no hay más que seis guardias, que al mismo tiempo hacen de bomberos. Y aún así creo que no trabajan demasiado.

Tampoco tienen códigos ni leyes. Se rigen por el Derecho Romano que, si está anticuado, por lo menos ha demostrado que se puede uno fiar de él. Un ejemplo de liberalidad: en Andorra los automóviles aparean donde quieren, sin cuidarse de reglas de tránsito; y como hay una sola calle — que es al propio tiempo la carretera general — si surgen embotellamientos, los propios embotellados se ponen de acuerdo para "desembotellarse" sin excesivos gritos ni polémicas. Porque si se enfadan, además de resultar peor, tardan más tiempo en deshacer el lío.

Yo quisiera ser ciudadano de Andorra. Pero eso no está al alcance de cualquiera. Es una ganga demasiado golosa. El único medio es casarse con una mujer andorrana. Pero hay algo que ni siquiera un país tan liberal acepta: la bigamia.

He aquí otro secreto que yo espero sepan ustedes guardar. Andorra, como muchos otros valles pirenaicos, vive en buena parte del contrabando. No hay sin embargo contrabandistas de opereta, sino honrados comerciantes que venden sus géneros más baratos que en España y en Francia, porque en sú venturoso país no hay impuestos. Ni presupuesto. Ni otros grandes "progresos" de los pueblos civilizados.

La otra gran industria de Andorra es el turismo. Durante el invierno se pueden practicar todos los deportes de nieve en pistas perfectamente acondicionadas. En la primavera, cuando la nieve se funde, queda al descubierto la garganta de veinticinco kilómetros, entre las dos formidables montañas pirenaicas que constituyen toda la nación. En ese desfiladero hay tres pueblos; pero en realidad se trata de una sola y alegre calle de floreciente comercio. Más allá y más acá, es imposible construir debido a la especial topografía del país. De los montes formidables, como si defendieran la reducida riqueza territorial de los tres lugares (Les Escaldes, Andorra la Vieja y San Julián) descienden corrientes de agua, verdaderas cataratas diminutas, que se franquean por pequeños puentes que parecen extraídos de antiguas estampas.

He aludido antes a la libertad más íntima que es la de la sensibilidad. Uno puede admirar cualquiera de esos puentes chiquititos, mejor que los puentes enormes construídos en unos u otros continentes. Andorra no tiene más monumentos que los que pródigamente con belleza deslumbrante, le ha dejado la Naturaleza. Hay, eso sí, una única fuente pública que yo he visto. Pero no tiene pretensiones de inmortalidad: la han construído de material plástico.

Alberto Martín FERNANDEZ

(Especial para EL DIA)

UNA OBRA DE BENEDICTO P



San Jorge y el dragón. Estudio para el anverso de la libra esterlina. Cera blanca. diámetro mm. 91. Museo de la Ceca de Roma. Para la figura de San Jorge, Pistrucci se habría servido como modelo, de un servidor italiano del Brunet's Hotel En este estudic es casi enteramente visible el brazo izquierdo del santo mientras que en el definitivo se verá solamente la mano que tiene las riendas.



Reproducción galvánica del anverso y reverso de la medal

¿CUANTAS, entre las mujeres que adornan su atuendo con un prendedor o una pulsera cuyo motivo decorativo fundamental es la libra esterlina, son las que sabrían explicar quién es el caballero de la lanza que acomete al monstruo que yace por tierra y, sobre todo, quién es el autor de tan bella composición escultórica? Muy pocas, ciertamente, como muy pocos serían los cambistas, y hasta los numismáticos, que sabrían responder a toda esta pregunta.

El caballero es San Jorge, patrono de Inglaterra, representado como lo quiere la leyenda hagiográfica en el acto de vencer al demonio en el bosque donde mantenía prisionera a la casta doncella, símbolo de la virtud. Aunque San Jorge integra la brillante teoría de santos militares —sobre todo en la Iglesia Oriental— no está en esta figuración de la libra esterlina batallando en un combate que luego de la victoria exija la exaltación pomposa del mundo; está representado en el duelo recatado, el del vencimiento propio, la derrota del propio egoísmo; es la justa por la generosidad, por la bondad, por la superación. ¡Qué lejos del fausto que pudiera a primera vista suponerse!

Tiene sin embargo esta moneda el alto brillo que le viene de su gran belleza, ya que la libra esterlina está considerada la más hermosa del mundo entero.

El San Jorge de la tan conocida moneda inglesa fue creado por Benedicto Pistrucci, célebre artista grabador y modelador de medallas que el mundo del arte cuenta entre sus más grandes nombres.

Benedicto Pistrucci nació en Roma en 1784. Todavía en la adolescencia abandonó los estudios de derecho —su padre era alto magistrado del Foro— hacia los cuales se le había encaminado, para dedicarse con todo entusiasmo al arte. Hizo su formación estética en la Roma que fue potente faro para los estudios de las Bellas Artes en las décadas que marcaron el fin del siglo XVIII y el comienzo del XIX. Era por los años en que Canova tenía en la Ciudad Eterna el cetro del Arte, y en que Thorwaldsen enseñaba en la Academia de San Lucas de la misma ciudad. Fueron estos los más altos nombres del neoclacisismo, creadores que sin embargo estuvieron separados profundamente en el concepto y en el temperamento. Canova, emocionado, fuerte, elevado, espiritual, trascendiendo una constante exaltación; Thorwaldsen, frío, insensible, calculador; "**el gran escultor danés** ,dice Leonardo Borgese, **es racionalista, abstracto, medidor de espacios, cultor de módulos y académico ni más ni menos que un Mondrian o un Le Corbusier"**. En ese clima, que no era rígido ni estático, sino de lucha, de trabajo, de estudio y de polémica, creció Pistrucci.

Diversas circunstancias hicieron que muy pronto diera con buenos maestros grabadores y todavía joven imberbe se le vió tallando camafeos. De esta época es el que se conserva en el Museo de Leningrado y cuyo motivo —Augusto homenajeado por una provincia del Imperio— fuera tomado de otro camafeo antiguo.

Su habilidad y perfección en el tallado llegó a ser tal que muchos anticuarios adquirían sus trabajos para luego venderlos como camafeos de la época clásica.

Muy pronto llegó su fama a la corte de Florencia y la Gran Duquesa de Toscana. Elisa Baciocchi, le encargó los retratos de la familia ducal. Su fama estaba consagrada.

En 1814, Angel Bonelli —**marchand** de obras de arte— con el oscuro designio de lucrar con las dotes de Pistrucci, lo llevó a París. Se encontró en la capital de Francia durante "Los cien días" y en ese tiempo ejecutó, del natural, un retrato de Napoleón, considerado uno de los mejores estudios de este emperador. Caído Napoleón, pasó a Londres, ciudad donde va a desarrollar la parte más notable y fecunda de su vida de artista.

Al poco tiempo de llegar a Londres conoció a un célebre coleccionista de obras de arte: Ricardo Payne Knight, en cuya casa vio un camafeo —hoy el célebre camafeo "Flora" del Museo Británico— que Payne había comprado a Bonelli como antiguo y que Pistrucci reconoció como obra salida de sus manos. En vano trató éste de convencer a aquél que se trataba de un trabajo que hiciera en Roma hacía no muchos años. Payne no quiso creer en las manifestaciones de Pistrucci, afirmando siempre poseer un auténtico camafeo antiguo, al extremo que, cuando legó al Museo Británico su colección, en el catálogo que acompañaba a las obras, anotó a propósito de la "Flora" que el Pistrucci había pretendido con **stultitia** e **impudentia** que el tal camafeo era obra suya.

Este mismo hecho, pero sobre todo la nobleza, nitidez y belleza de sus trabajos, hicieron crecer su fama rápidamente, y

era príncipe regente de Inglaterra. El artista, que no había querido realizar para la medalla un dibujo del célebre escultor inglés Juan Laxman, en pocas horas presentó su propio proyecto, que fue de inmediato aprobado. Pero esta excepcional obra costó al Pistrucci treinta años de trabajo y cuando en 1849 la medalla estuvo concluída, la situación política estaba cambiada a tal punto que no era aconsejable la difusión de la obra. Los cuños originales se conservan en la Ceca de Londres y con ellos se imprimió un corto número de ejemplares en metal dulce que se encuentran en varias colecciones públicas y privadas". (Carlo Pietrangeli: "Benedetto Pistrucci", Echi d'Italia, 1956, Nº 3).

En estos días hemos podido admirar en Montevideo un camafeo tallado por Pistrucci; esta excepcional obra es propiedad del señor Harry Hellebronth, quien gentilmente nos ha permitido divulgar la fotografía del exquisito trabajo del gran artista. Agradecemos al Sr. Hellebronth esta gentileza que nos permite el placer de gustar una obra de rara belleza y nos da la satisfacción de saber que entre nosotros existe una obra salida de manos de Pistrucci. Pieza de tanta jerarquía merece los honores de una exposición oficial que, amén del interés artístico que ella tendría, colmaría un vasto campo didáctico y cultural. Refiriéndose a esta obra, el citado Prof. Carlo Pietrangeli en carta particular expresa: "El camafeo es verdaderamente bellísimo y reproduce un tema al cual era muy afecto el artista: la cabeza de Baco coronado de pámpanos y del cual en el Museo de la Ceca de Roma



Triunfo de Baco y Ariadna. Cera, mm. 81 por 124. Museo de l

...STRUCCI EN MONTEVIDEO



... Waterloo. Diámetro mm. 135. Museo de Roma.



Baco coronado de pampianos. El bellísimo excepcional camafeo de Pistrucci que se encuentra en Montevideo en la colección del Sr. H. Hellebronth.

...o, que en 1817 la Ceca de Londres acu-
...n monedas con el retrato de Jorge III y
...e IV grabados por el mismo Pistrucci.
...de entonces sus obras aumentan en nú-
...o y calidad. En 1819 da comienzo a su
... maestra, la medalla conmemorativa de
...batalla de Waterloo, donde las fuerzas
...igadas de Inglaterra, Prusia, Austria y
...a derrotaran definitivamente a Napo-
.... De esta medalla se expresa así el Di-
...or del Museo de Roma, Prof. Carlo Pie-
...geli en un estudio sobre Benedicto Pis-
...ci: "Tal vez nosotros, modernos, sinta-
... menos entusiasmos que sus contempo-
...os frente a esta artificiosa alegoría; sin
...argo, uno no puede dejar de maravi-
...e ante el excepcional magisterio del
...ta que ha poblado pocos centímetros
...espacio con un mundo de personajes reales y míticos: de un lado el perfil de los cuatro soberanos aliados: Jorge IV, aún regente de Inglaterra, Francisco I de Austria, Alejandro I de Rusia y Federico Guillermo III de Prusia; en torno una serie de figuraciones alegóricas: el Sol que vuelve a mostrarse sobre la Tierra después de la victoria aliada, la Fuerza y la Justicia que regulan las acciones de los hombres, Laquesis que corta el hilo indicando que los tiempos han cambiado; la Noche que huye acompañada por las Furias aludiendo al astro napoleónico. En el reverso la enorme maraña de Gigantes fulminados por Júpiter forman la corona a la glorificación de los dos generales victoriosos: Wellington y Blücher.

Esta medalla le fue ordenada al Pistrucci en 1819 por Jorge IV cuando todavía existen las ceras de numerosas variantes". "El camafeo era absolutamente ignorado y me siento feliz de poderlo agregar al catálogo de las obras del artista en el cual los camafeos originales y que aún existen son poquísimos".

Fue la presencia de una obra de Pistrucci entre nosotros, lo que me llevó a presentar a los lectores de este Suplemento tan insigne artista. En su vida, que fue aparentemente simple, no se encuentran las grandes anécdotas ni las aventuras fabulosas. Su enorme grandeza reside en haber visto desfilar la historia a su alrededor sin inmutarse, encerrando sus grandes acontecimientos dentro del pequeño círculo de sus medallas y de sus monedas, y dándole a esa historia aquel halo de grandiosidad y de belleza que sólo el arte es capaz de conferir.

Benedicto Pistrucci terminó su vida en Flora Lodge, cerca de Windsor, en el mes de setiembre de 1855.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)



...eca de Roma.





Estudio para la medalla del Duque de Wellington. Esta medalla es una de las más celebradas obras de Pistrucci.



Frente del Sanatorio Pacheco, el primer establecimiento de su índole que tuvo el país.



El Dr. Melchor Pacheco.



En cada recién nacido la Vida renueva su esperanza.

EL SANATORIO PACHECO CIERRA SUS PUERTAS

EL nacimiento es el comienzo del viaje humano. Viaje cuyas proyecciones y trascendencia dependen de la levadura que el viajero traiga: éste, al hacerse el rumbo, lo construye a la altura de sus intransferibles calidades. Cada recién nacido resume una ansiedad y un sueño acariciados por los genitores: la prolongación de ésta o aquella virtud —inteligencia, sensibilidad, vocación— de un abuelo o un padre que no llegaron a concretar sus aficiones, o, por lo contrario, la continuidad de un talento por el cual ellos sobresalieron. Y nacer significa así una responsabilidad a la que por largo tiempo permanecerá ajeno el pequeño ser en quien se cifra la esperanza. Todo advenimiento involucra un revuelo cándido de augurios, y la criatura recién llegada, recibe el soplo de los presagios, pues se esperan de ella grandes cosas: diariamente, en cualquier rincón del mundo, sólo nacen personajes; pero los años, al pasar, se encargan de poner en orden los vaticinios.

En el Montevideo de comienzos de siglo, el niño arribaba a la existencia bajo el propio techo familiar. Pobres o ricos, los hogares se conmovían con el acontecimiento; ofrecían su ayuda vecinos solícitos; los cuartos se llenaban de parentela y amigos que aguardaban el suceso. Y la partera siempre atareada iba de casa en casa remediando angustias y trayendo al mundo bebés que a veces nacían entre los riesgos de la ignorancia, la falta de higiene o la situación imprevista que determinaba el fallecimiento de la madre o del hijo, o de ambos. El médico era el último recurso, y se acudía a él en casos de emergencia, tan extremos que muchas veces resultaba demasiado tarde. No es extraño que el índice de mortalidad fuera enorme. Llegaba el médico a una casa convulsionada, donde un padre desencajado sólo atinaba a decirle: "¡Salve a la madre!" La otra vida no contaba entonces. Pero las cosas iban a cambiar.

Cuando en 1913 regresó de Europa, después de cursos de especialización en París, el Dr. Melchor Pacheco, vivió durante algunos años esa experiencia desconcertante que hasta llegaba a rebajar la alcurnia del profesional. Pensó un día en la necesidad de sacar a las madres de sus casas, para brindarles la debida atención médica. Algunos viejos doctores habían aprobado la iniciativa, que era toda una revolución, pero, curiosamente, fueron los de su misma generación los que no lo apoyaron. Y se lanzó solo a la aventura.

El 15 de febrero de 1921, abrió sus puertas el primer sanatorio obstétrico del país. Y al día siguiente nacía en él el primer niño: fue la primera paciente la Sra. Ema del Campo de Durán. Largo prestigio iba a adquirir desde entonces el sanatorio recién inaugurado. Poco a poco ganada la confianza de las familias montevideanas, estas fueron depositando en el Dr. Pacheco la delicada misión de velar por las futuras madres y cuidar de sus hijos: dos vidas a custodiar con igual celo. Nos narra el doctor Pacheco las peripecias iniciales, la lucha contra la incomprensión y la costumbre; cómo se debieron quebrar prejuicios y rutinas, hasta convencer a la gente de la conveniencia de una asistencia apropiada, en el trance difícil y siempre peligroso del alumbramiento. Hubo tropiezos pero se fueron ganando las batallas: la prueba es que en cinco años se volvió imperioso buscar un local adecuado; y en 1927 el sanatorio se instaló en el edificio moderno que ocupa actualmente. Para subrayar la nueva etapa, el 6 de enero de 1928 congregó en el vasto jardín posterior a los niños nacidos en el lustro inicial. Eran unos setecientos cincuenta, y para cada uno hubo un juguete. Fiesta de Reyes que el Dr. Pacheco refiere, treinta años después, con una sonrisa evocadora. En su palabra amena se suceden los recuerdos, y surgen nombres ilustres, de médicos y de políticos, que auspiciaron su carrera en la hora incierta del comienzo. Tiene un elogio de gratitud para Batlle, cuya amplia comprensión le hizo posible el viaje de estudios al Viejo Mundo, del que iba a traer tan rico bagaje de conocimientos y de ideas nuevas. Nos habla de Amézaga y de Berreta, cuyos nietos nacieron allí. Desfilan los viejos apellidos atados sentimentalmente al sanatorio, porque en él se abrieron a la luz los ojos de sus descendientes. Nos enteramos así de que ahí nació uruguaya una bisnieta de Michelet; y recordamos que allí también arribó, hace un año, la otra Matilde, la primera bisnieta de Don Pepe. Un mundo de honda raíz afectiva se enlaza con las historias clínicas —que hoy llegan a dieciséis mil!—; porque un sanatorio de esta índole no es, como aquellos en los que rondan las enfermedades, un recinto que comunica con la muerte, sino un conducto hacia la existencia afirmativa y glorificada en el niño: el niño, siempre un milagro, flor preciosa, promesa flamante, destino sin estrenar...

Tuvo el Sanatorio Pacheco extraordinaria y merecida fortuna; aceptado el nuevo sistema, de inmediato se fueron viendo las ventajas de un establecimiento donde estaban a mano todos los recursos de la ciencia. Y no tardó en cundir el ejemplo, pues pronto se abrieron en la ciudad otros sanatorios obstétricos. Pero aquél conservó su rango de pionero y mantuvo desde su fundación hasta el presente, su bien acreditada reputación.

Y ahora, cuando por razones administrativas, va a cerrar sus puertas, clausurándose así una institución que abrió caminos nuevos en ginecología, esta rápida reseña intenta bosquejar el itinerario cumplido en nuestro medio por el primer sanatorio de obstetricia que tuvo el Uruguay. Y si al cumplirse en 1946 las bodas de plata de su fundación, las madres agradecidas testimoniaron en un elocuente homenaje su agradecimiento al hombre de ciencia que, según nos lo confía, jamás se ha apartado en tantos años del establecimiento, atado a él por un sentido superior del deber, imaginamos con qué sentimiento deben ver la conclusión de un instituto donde nacieron sus hijos y sus nietos, bajo el control eficiente del Dr. Pacheco, intermediario entre ellos y la existencia. Es simpático señalar que muchos matrimonios jóvenes, de cónyuges nacidos ambos en el sanatorio, esperaron allí mismo a sus vástagos, al punto que para el noble médico asistirlos debe haber sido casi un asunto de familia. Nos señala que la suya es la actividad que más vincula afectivamente, pues las madres no olvidan nunca el episodio dichoso, y a través de los años, siguen enviándole fotos de los hijos, y perdura así un lazo de cariño y reconocimiento que no se desanuda nunca. Es lástima que cierre su órbita un sanatorio de tanto arraigo, si bien el núcleo de médicos que con el Dr. Pacheco integran desde 1945 una sociedad anónima pasa a otro establecimiento.

Pero con el Sanatorio Pacheco se va otra tradición más, de las tantas que se nos van perdiendo de la vieja sociedad montevideana. Y en muchos que ya son hombres, el recuerdo del Sanatorio Pacheco estará siempre unido al de la madre animosa y al del padre anhelante que se paseaba por los pasillos a la espera de que una luz rosa o celeste le dijera si era nena o varón el regalo de su destino.

Porque tener un hijo es una forma de fidelidad hacia la Vida.

Dora Isella RUSSELL



El Dr. Pacheco en compañía de don Tomás Berreta y del Dr. Amézaga, entonces Presidente de la República, en la fiesta con que se celebraron los veinticinco años de fundación del Sanatorio.



Pelícanos y zancudas.

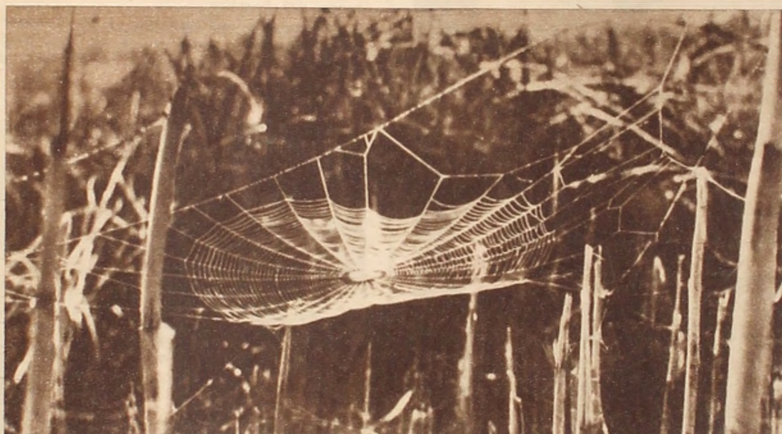
EXPOSICION "UN LAGO DESAPARECIDO"

ANTES de desaparecer las cosas de la naturaleza parecen tener quien perciba con especial sensibilidad la vida original que el hombre deshace para construir... El Lago de Hule, era una superficie de mil cuatrocientas hectáreas, con veinte millones de metros cúbicos de agua... Toda una vida animal y vegetal se desarrollaba endeedor de él. Sólo el Hombre se regocijó, cuando "al cabo de siete años de expectativa, concluyó exitosamente el gigantesco plan del Fondo Nacional Israelita" y la tierra fue creada y transformada en campos de cultivo. Pero un hombre, un amante de la naturaleza virgen, había captado la pulsación misma de su entraña. Los reflejos en esas aguas quietas tenían un particular encanto... los pájaros vivaban sus cantos desde las ramas secas... y la gaviota planeaba sobre el Lago su sereno vuelo. El lagarto contemplaba el paisaje desde su pétrea atalaya... y las riberas se cubrían de cardos resecos. "Gotas de rocío en las gavillas... y vuelo primaveral de los gorriones", perlas de rocío enhebradas en la telaraña y nenúfares amarillos en las ciénagas.

Toda esa vida que gime, que ama, que canta y que muere, tiene en Peter Merom, cuya vida transcurrió como pescador a orillas del Hule, el intérprete, el artista fotógrafo que registra con magistral enfoque la secreta humanidad que halla en todo ese mundo. Y esa eclosión que admiramos y nos conmueve en la exposición que de ellas se lleva a cabo en el Salón de Artes y Letras, fue la paciente captación, que con el fatalismo que da la percepción de lo que se va... nos ofrece momento a momento Peter Merom. No es sólo el blanco y negro, ni los prodigios que el fotógrafo realiza con sus esfumaturas, ni los reflejos de belleza inmaterial que a veces mueven las aguas, es el secreto maravilloso arrancado a la naturaleza, ese secreto del creador que se adueña de lo original y salvaje, para ofrecerlo a sus semejantes con la dicha de una función humana cumplida. Si el enfoque es de sus más fuertes méritos técnicos, si su dominio del oficio es brillante, y no posee nada que de él no se valga, es cierto también, que la sobriedad de sus realizaciones, la humildad del temario, hace crecer su obra con caracteres definidos, dentro de la gama de una fotografía perfecta.

Las graduaciones del lente adaptadas a la luz para lograr efectos eficaces y profundos, nunca superfluos, hacen de este notable artista consumado maestro. Pero aún más, la trayectoria prolongada como la vida misma se cierra cuando... "un día aparecieron los ingenieros", y "la asamblea de cormoranes observa desde la torre...". "Hacen su aparición las inmensas máquinas de drenaje y como último respiro "las aguas se han retirado" ya, descubriendo huellas en la tierra virgen...

Es entonces que cobra ante nosotros una nueva expresión esta magnífica colección fotográfica, este proceso espiritual, que confronta el alma de un hombre con el derrumbe de una vida soñada casi... Todos los detalles tienen su parte de música; ese caracol envuelto en la niebla, dobla justamente una rama que permite deslizar la luz de la aurora... esas botellas vacías, viejas barcas de ingenio flotantes, hallaron un día la ciénaga y las plantas que rodearon sus cuellos y círculos de reflejos jugaron un nuevo movimiento de armonías...



Araña ociosa.

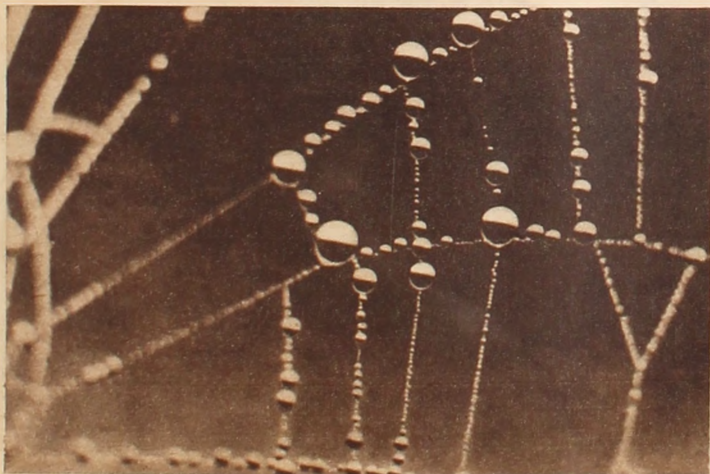
Atento a la vivaz vida del animal, a la rápida transformación de lo vegetal, Peter Merom se transforma asimismo con su útil, y el espacio es el centro de grandiosidad que sabe acrecer la imponencia de sus tomas. Impone, sí, un concepto fotográfico, una idea que se va complementando a través de tantas circunstancias que él espera se produzcan por conocerlas, o que se encuadran en la infinita casualidad del momento único. Se recortan en el espacio sin trucos, sino con sabia técnica.

El gorjeo de la hora se siente flotar en la difusa o neta, dibujada o esfumada en el contorno de los elementos que tiemblan con la brisa de la vida interior que en ellos palpita. Un pescador atisba los movimientos de la naturaleza; la responsabilidad histórica de aquello que va a desaparecer sin remedio, y que constituye casi su propia vida, le lleva a pesar el control de todo lo que actúa en su derredor. Y es bajo la vigilancia casi cruel de ese sentimiento, que Meron va captando en una fatal despedida el derrumbe de todo aquello que respira a través de su sensibilidad de artista.

La silueta recortada en el espacio creado por su don de síntesis, de exclusión de lo que no se aviene a su idea; el pájaro que en medio del lago descansa en su propia sombra, que se opone como una silueta más; el claroscuro dominado en sus más mínimas delicadezas y el impacto de su expresión lumínica, son virtudes que Merom las ofrece con tanta naturalidad como sencillez. Es una serie constante, que como todo lo pasado, queda en el recuerdo, en bella imagen recortada en el inmenso espacio del tiempo...

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Perlas de rocío enhebradas en una telaraña.



Cardumen de barbos en un hervidero de espuma.

EL PENSAMIENTO ARTIFICIAL



Esta pareja tiene dos hijos; uno de ellos electrónico. Viviane Deovey Walter y Grey Walter concibieron y realizaron juntos dos seres: uno de carne y hueso, Timothy; y el otro de bobinas y lámparas, o tortuga Elsie. En su casa de Bristol, el hijo del hombre es un gran amigo del animal artificial.

La ciencia va adquiriendo cada día mayor contenido de sorpresa, parece que va alcanzando las fronteras de lo sobrenatural. Escapa a la simple deducción lógica en sus resultados y se introduce en el reino de la magia, muy especialmente cuando se refiere al hombre. Es de nuestros días la intervención de la cirugía en esas dos zonas misteriosas de nuestro organismo: el cerebro y el corazón. Pocos años hace, tocar el cerebro o el corazón del hombre equivalía a matarlo. Son dos centros excelsos de nuestra vida, pensamiento y sentimiento, y aunque sólo por sublimación los representen, parecía imposible que instrumentos materiales de cualquier entidad pudieran introducirse en su recinto. Sin embargo, hoy, el bisturí interviene en ellos, y los especialistas cortan y cosen con magia sorprendente de vida o muerte, con el deliberado propósito de ahuyentar la muerte.

Pocas lecturas me han dejado impresión más trágica que la que hice en el hospital de la cárcel de Yeserías, de Madrid, postrado en cama, convaleciente de una operación. Se trataba del libro "Viaje en torno de mi cráneo", del escritor húngaro Frigyes Karinthy. El autor narra su propia experiencia, operado de un tumor en el cerebro por el especialista sueco Olivecrona. Una intervención quirúrgica cerebral de siete horas sin anestesia de ninguna naturaleza, si acaso con una sola; el fino humor de Karinthy. Se le extirpó el tumor, sanó, pero los gliomas sólo le concedieron dos años más de vida, los suficientes para que el paciente-autor tuviera tiempo para escribir la aventura de su dolor y de su experiencia única, expresado todo con alto y fino humor. ¡Y eso sí que es santidad!

Montevideo ha sido testigo de otra magia operatoria. La que en el corazón de algunos niños practicó el cirujano del hospital Karolinska, Profesor Clarence Crafoord con su equipo de auxiliares y el corazón-pulmón artificial. Leí ávidamente las informaciones de prensa y lo único que saqué en limpio fue la pobreza literaria del periodismo para exaltar a grado afectivo esa maravilla de cortar y coser el corazón del hombre con la misma sencillez con que los ángeles cortan y cosen el corazón de las estrellas, porque las estrellas tienen corazón, y si a veces se les accidenta, sólo los ángeles pueden tener la suficiente gracia como para cortarlos y coserlos para que no se suspendan sus latidos luminosos, lo mismo que hace el Dr. Crafoord con el corazón del hombre.

En los días que operaba el Dr. Crafoord en Montevideo, mano amiga me hizo llegar el libro "El Pensamiento Artificial", de Pierre de Latil. Aunque somos profanos en disciplinas científicas, lo leímos a ritmo lento de deseo comprensivo. El libro se subtitula: "Introducción a la Cibernética". Y nos introducimos nuevamente en el mundo de las maravillas. El genio del hombre es infatigable, y trata más y más de acercarse al misterio para descorrer sus velos, aunque los velos del misterio aumentan a medida que se descorren. Pero, ¿qué es la cibernética? Dice De Latil en uno de sus párrafos: "También, escribe Werner, nos vimos obligados a forjar un término artificial neogreco". "Fue la palabra cibernética, derivada de *kubernetes*, piloto de navío y, por extensión, gobernante de un país. La voz expresaba bien la idea de mando, de conducción; además, presentaba la ventaja de tener, a través del latín *gubernator*, la misma raíz que *governor*, palabra con la cual Wat designó su regulador".

Es sorprendente cómo en estos tiempos de crisis de gobierno en las sociedades humanas, la ciencia se preocupa por hallar el centro regulador de reacciones mecánicas que equivalgan en la máquina a lo que en la vida animal responde al control de las reacciones volitivas. Con una contradicción: que mientras en la vida animal las reacciones individuales, y aún las colectivas, son perecederas, en la vida mecánica cabría la posibilidad de que fueran eternas, dando a este término absoluto un contenido de relatividad histórica.

De otras definiciones en torno a la cibernética, sacamos las siguientes deducciones: ¿Hasta qué punto nuestra vida orgánica responde a una estructura mecánica? Y también: ¿Hasta qué punto la obra mecánica del hombre puede alcanzar una estructura orgánica semejante a la del organismo humano? Y en el supuesto de que se llegase a una similitud organicista entre el hombre y la máquina, ¿hasta qué punto ésta puede alcanzar autogobierno que sería algo así como una conciencia mecánica de su función? La fantasía de hoy está llena de *robots*, pero no se trata de monstruos o fantasmas mecánicos, sino de algo mecánica-

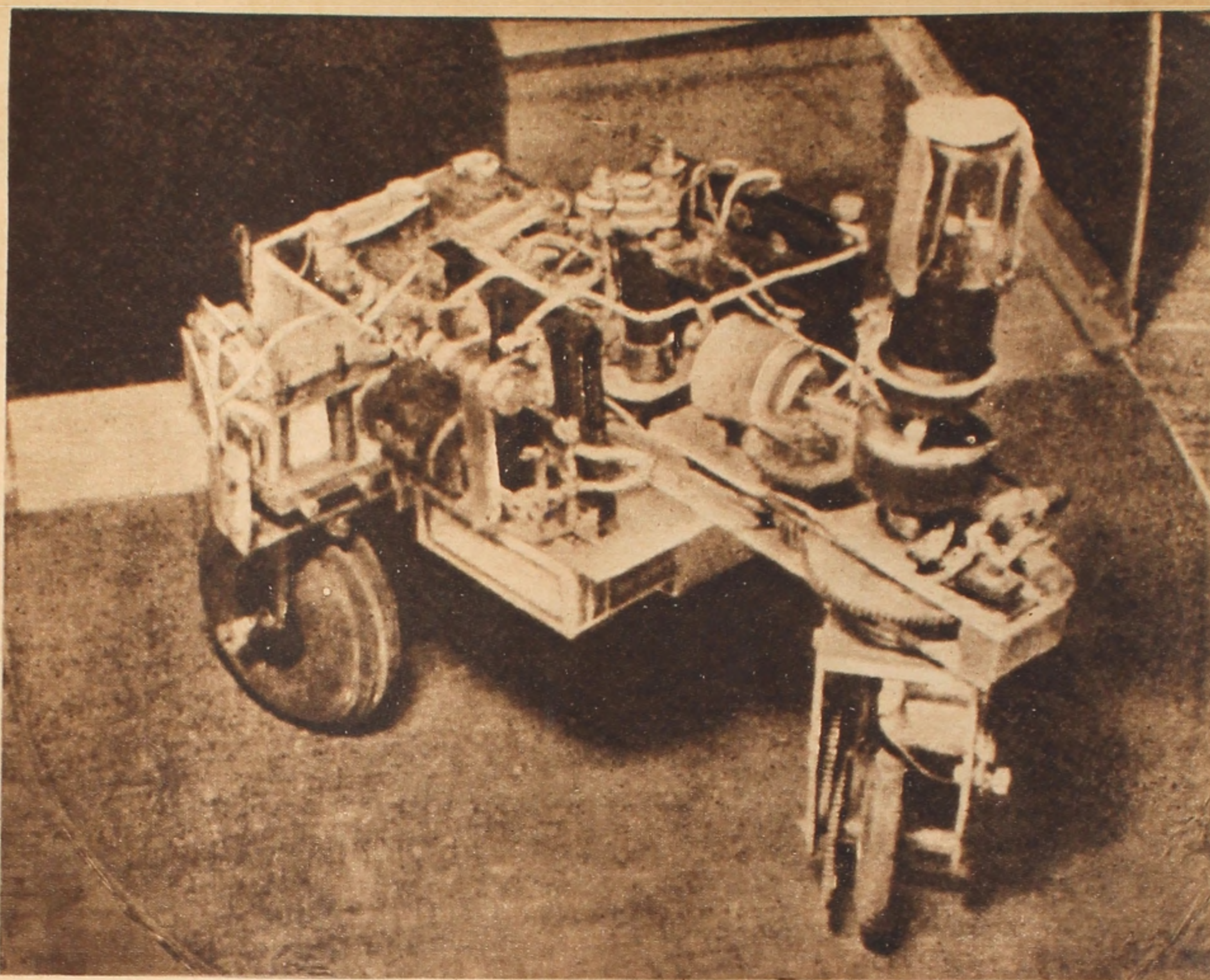


Los cuatro grandes de la cibernética. De izquierda a derecha: W. R. Ashby, W. McCulloch, Grey Walter y Norbert Wiener.

mente racional. Sería suficiente que reflexionáramos la función de una máquina de alto cálculo para que nos diéramos cuenta de ello. Y en lo que se refiere a las afinidades entre los organismos vivos y los mecánicos, Pierre de Latil recoge el pensamiento de Claude Bernard: "Los órganos nerviosos no son otra cosa que aparatos mecánicos y físicos creados por el organismo. Esos mecanismos son más complejos que los de los cuerpos brutos, pero no difieren de éstos en cuanto a las leyes que rigen us fenómenos. Esa es la razón por la cual pueden someterse a las mismas teorías y estudiarse por los mismos métodos".

¿Cómo se ha llegado a esta creación de lo que se llama máquina trascendente? ¿Por la especialización? No. El paradojal humorista Bernard Shaw decía: "El especialista es el hombre que sabe cada vez más cosas de un terreno cada vez más estrecho, de suerte que llega a saber todo... de nada". No podía ser, pues, del terreno de la especialización de donde surgiera una ciencia nueva que tiende a lo universal como la cibernética. Entre las muchas clasificaciones de la ciencia, no sabríamos en cuál incluirla, lo cierto es que ella las incluye a todas, porque, tratando de dar a la máquina reacción humana, como al hombre, le corresponden todas las ciencias. Es más: la cibernética viene a confirmar el clásico precepto de que todas las ciencias son afines. A este respecto, el autor del libro que nos ocupa recoge unas palabras del sabio Poincaré, que dicen: "Los grandes progresos se producen cuando dos ciencias se aproximan, cuando se adquiere conciencia de la semejanza de sus formas, a pesar de la desemejanza de sus objetos". De la conjunción de todas las ciencias ha brotado la cibernética, pero sus piedras angulares son, las matemáticas, ciencia de la lógica funcional: la biología, ciencia del hombre y la sicología, ciencia de las reacciones volitivas.

Por esta conjunción de las ciencias es que el conocimiento humano ha llegado, no a la construcción —la palabra resulta insuficiente— sino a la creación del jugador de ajedrez de Torres Quevedo; la tortuga Elsie, de Grey Walter; el homeostato de Ross Ashby y lo que ya se anuncia, el cerebro electrónico, todos ellos como centros "receptores, retentivos, transformadores y comunicadores de informaciones recibidas en un dispositivo capaz de autoregularlas". Esta simple definición de Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía, nos introduce en el reino de un asombroso poder especulativo. Las máquinas parece que empiezan a tener impulsos, reciben mensajes del exterior y los transforman, son, podríamos decir, hombres sintéticos que se ponen en contacto con el mundo exterior por su autodeterminación mecánica. La biología investigando los orígenes, la sicología ofreciendo posibilidades y la matemática dando la forma han creado ya el instrumento autómata, la máquina hombre, lo que ignoramos es si estará en relación con la involución del hombre hacia la máquina.



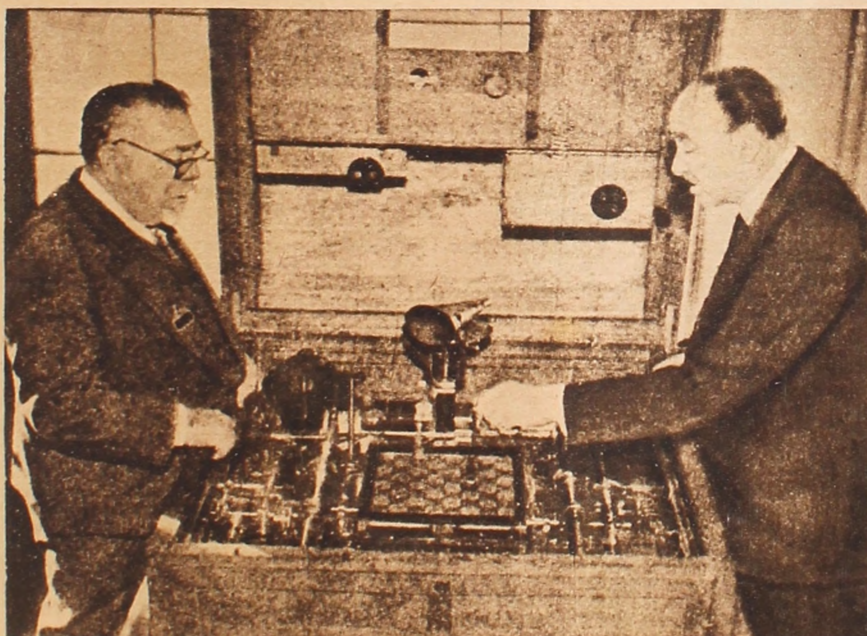
He aquí la anatomía del primer animal artificial del mundo: la tortuga Elsie, de la especie "machina speculatrix", creada por Grey Walter.

De cualquier manera, es sorprendente que en estos días de deshumanización de las artes y de la política, la mecánica vaya adquiriendo un insospechado contenido humano. Pero no es suficiente con que sea humano, es necesario que sea, a la vez, humanista, sirviendo para elevar el mensaje divino que el hombre atesora en su mente. Que el hombre máquina o la mente máquina cumpla lo que hasta la fecha no ha cumplido el hombre, elevar todas las nobles apetencias de nuestro espíritu para la fraterna convivencia de todos los hombres, más allá de las fronteras territoriales y de las fronteras espirituales que imponen los credos religiosos y políticos. Que el pensamiento artificial sea más humano que el pensamiento del hombre. ¿Será posible? A falta de pasiones, ¿tendrá la máquina sentimientos?

Mientras se aclara el misterio, "soñemos, alma, soñemos". Y agradezcamos a la ciencia que nos haya proporcionado un poco más de ilusión que ya creíamos agotada después de haber leído a Julio Verne en nuestra infancia y "Las Mil y Una Noches" en el despertar de nuestra adolescencia. La fantasía creadora del hombre es inagotable, lo malo es que, al final de la jornada, las ilusiones que fomenta las convierte en desilusiones desesperadas.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Las ilustraciones y leyendas de esta nota corresponden al libro "El Pensamiento Artificial", de Pierre de Latil, Editorial Losada, Buenos Aires.)



La partida de la mecánica clásica contra la cibernética, de lo "determinado" contra lo "organizado". En el congreso cibernético de París, celebrado en 1951, G. Torres Quevedo, hijo del gran automista que construyó el célebre jugador de ajedrez electromagnético (a la izquierda) se mide en el tablero mágico con Norbert Wiener, el papá de la cibernética. Aquí la mecánica clásica gana siempre; pierde, empero, en todas partes.



Proyecto de un cerebro. Aquí está en su laboratorio de Gloucester el psiquiatra británico Walter Ross Ashby, el hombre que lo proyectó. Y ahí está su homeostato.

LOS NIÑOS Y LA POESIA



El ritmo de las formas tiene fácil acceso a la gustación estética infantil.

LA pedagogía moderna concede especial atención a la educación estética, porque mediante el concepto de lo bello el niño depura los instintos regresivos que manifiesta por ineludible herencia biológica.

El educador encuentra en el niño una singular plasticidad para este tipo de educación, en virtud de que el párvulo se entusiasma vivamente por todos los influjos de la belleza, ya sean en el aspecto de música, color, forma o ritmo. En esta última faceta queremos hacer hincapié.

Los niños, pequeños salvajes en principio, entregados a su libertad, invierten sus energías en movimientos desordenados; pero si les enseñamos a ejecutar rondas o vaivenes acompasados, experimentan un visible placer que anteriormente no los había acompañado. Y les agrada realizar esos movimientos con la exteriorización del canto. Es decir, los niños son seres sensibles al ritmo musical por innata inclinación, puesto que desde sus primeros días se complacen en ser mecidos o acunados al compás de canturreos. Esto explica por qué el niño tiene sensibilidad para la poesía, puesto que esta manifestación está informada de ritmos y música de palabras.

Los griegos, maestros en todo, nos legaron el concepto de la importancia de la educación estética, puesto que su ideal era hacer al hombre bueno por medio de lo bello.

Platón, que tanto fustiga a los poetas en su "República", no los desestima como educadores de la juventud, y reconoce la eficacia que en la educación moral del niño tienen los himnos en honor de los dioses y en elogio de los próceres nacionales.

Los romanos, hábiles asimiladores de la cultura helénica, acudieron también a la poesía como elemento educador. Recordemos que Horacio en su renombrada "Epístola a Augusto" encomia la influencia bienhechora de la poesía en el espíritu infantil: "El poeta da forma a la boca tierna y balbuciente del niño; desde la primera edad desvía su oído de las palabras groseras; forma después su corazón por las amistosas lecciones, moldea su carácter, reprime en él la envidia y la cólera; cuenta las bellas acciones, instruye por el ejemplo de los hombres célebres a las generaciones jóvenes que aparecen".

Si al niño le gusta la poesía es fundamentalmente porque la memoriza sin esfuerzo, puesto que el ritmo es un valioso auxiliar de la retención. Además, quedó expresado, que el párvulo ama la poesía por la cadencia de los versos. En virtud de ello, los pueblos, que son en muchos aspectos niños grandes, crean lo refranes con la regularidad de las sílabas musicales de agradable consonancia:

"Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda".



Sumergidos en la naturaleza, los niños gozan de la poesía del vivir.

En torno de los cuatro años, todos los niños son poetas, porque a cuanta expresión oyen gustan buscarle la consonancia, aunque el asunto no tenga sentido racional. Prueba de ello es que muchas canciones infantiles tienen ese carácter absurdo, que en psicopatología se llama *estoglosia*.

"Lori, bilori
Vicenti colori,
Lori bilín
Contra marín.
Picari bisote,
Fuera chicote".

El niño, como el hombre primitivo, concibe el arte bajo la forma de música y canto y sobre todo como danza. Claro está que la poesía que gusta al niño es la que tiene los precedentes caracteres. Por eso, algunos grandes poetas, a partir de Góngora y llegando a García Lorca y Juan Ramón Jiménez crearon poesía para la niñez teniendo en cuenta la índole señalada, y además, cuidaron de que el contenido fuera accesible a la inteligencia y a la sensibilidad de la infancia.

Es obvio que el niño no puede gustar la poesía abstracta, intelectualista y deshumanizada de nuestros días, porque siendo hermética, carente de medida y sin música fácil no encaja en su panorama racional y emotivo, puesto que los niños aman sobre todo la belleza de la forma.

La infancia es imaginativa por excelencia; tiene desbordes de fantasía, por eso gusta más de lo que tiene encantos irreales, que de lo que se mueve en la órbita de lo intelectivo. De allí su afición a los cuentos de hadas y su preferencia por las fábulas, donde se personifican seres irracionales e inanimados.

Desde los albores de la humanidad, la fantasía del niño pobló el espacio de presencias invisibles. El sentido de la belleza toma dos caminos: el de lo real, al que penetramos mediante los sentidos, y el del ensueño, al cual llegamos por la imaginación.

Modernamente, la literatura infantil es objeto de especial atención. En nuestra América, tal vez sea el genial Martí el precursor de hacer poesía para la infancia. En sus "Versos sencillos", aquel infatigable luchador habla con cálida ternura a los niños, acaso para buscar un remanso en su torbellino de luchas y pasiones.

Existen en Hispanoamérica muchos poetas que han hecho poesía sobre los niños, pero no para los niños. Acaso este sesgo se deba a la dificultad de que al tomar al niño como motor del arte, se tema caer en la puerilidad, carácter que los propios niños rechazan, porque sus instintos intelectuales son más seguros que nuestros razonamientos. La inteligencia infantil suele descubrir algo que no le agrada en la intencionada simplicidad de muchos escritores. Este concepto se encuentra en "El libro de mi amigo" de Anatole France, quien estampa en un capítulo: "Es notable que los niños muestren generalmente repugnancia en leer libros que han sido escritos especialmente para ellos". De aquí que prefieran a "Róbinson" más que a Caperucita, y "La isla del tesoro" más que al gato con botas.

La poesía folklórica y los relatos de aventuras tienen en los niños su mayor clientela. Las viejas teogonías se nutrieron de estos elementos.

Alberto RUSCONI
(Especial para EL DIA)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TARZAN GRUÑÓ TRIUNFALMENTE MIENTRAS SE PRECIPITABA POR LA PUERTA EN PROCURA DEL FRANCÉS.

















EL MAS GRANDE

surtido de tejidos y las ofertas

IMBATIBLES

estan siempre en las 3 avenidas y

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

CAPURRO & Co.

SATIN DE ALGODON ESTAMPADO, en bonitas combinaciones de colores. Ancho 0.90, el metro $ 6.50

SATIN DE ALGODON A LUNARES, en variedad de colores. Ancho 0.90, el mt. $ 7.50

PIQUE DE ALGODON ESTAMPADO, tejido de gran actualidad. Ancho 0.90, el mt. $ 8.50

PIQUE NATTE LISO, en una gama completa de colores. Ancho 0.90, el metro $ 9.50

CLIENTES DEL INTERIOR: Soliciten muestras y dirijan vuestros pedidos a nuestra Casa Matriz - Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

OFERTA IMBATIBLE

ALGODON ESTAMPADO en gran variedad de diseños garantidos al lavado. Ancho 0.90, al sensacional precio de

EL METRO $ 2.50

TELA GLEN LISA en todos los colores, un tejido inarrugable. Ancho 1.00, el mt. $ 3.20

PERCALES AMERICANOS, diseños exclusivos de gran calidad. Ancho 0.90, el mt. $ 3.20

SEDA DE LOS ALPES Y ALGODONES ESTAMPADOS, dos tejidos prácticos para vestidos sport Ancho 0.90, el mt. $ 3.80

ALGODON "RIVERDALE" en orinales diseños firmes al lavado. Ancho 0.90, el mt $ 3.95

ALGODONES Y SEDAS MEDIO LUTO
ofrecemos gran variedad de calidades.

PROGRAMACION EN LAS 3 AVENIDAS Y CASA SOLER:
JUAN D'ARIENZO, estelar presentación en 16 audiciones durante el mes de Enero, por C X 16 Radio Carve y Saeta T.V. Todos los Lunes, Miércoles y Viernes a las 21.30 hs. por C X 16 Radio Carve. Y todos los jueves a las 21.30 hs. por Saeta T.V.

ZEPHIR "MIX" a cuadros y rayas, tintas garantidas INDANTHREN. Ancho 0.85, el metro $ 4.20

POPELINA ESTAMPADA en novedosos diseños para vestidos. Ancho 0.90, el mt. $ 4.50

POPLIN ESTAMPADO en colores claros para jovencitas. Ancho 0.90, el metro $ 4.80

MAYUMBA, moderno algodón estampado en vistosos coloridos. Ancho 0.95, el metro $ 5.50

LINO FANTASIA, en delicados colores, una exclusividad de nuestra Sección Tejidos. Ancho 0.90, el metro $ 6.50



SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341 esq. M. Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11